

Se parezca el momento de tu sueño
 Al dulce oseurecer de un bello día.
 Morir es ley universal; no hay nadie
 Que su sentencia redimir consiga;
 Pero ¿morimos, adorable amiga?
 No; nuestro cuerpo, que la tierra esconde,
 Vive y da vida; nuestra mente vive,
 La del sabio en sus libros, la del bueno
 De sus acciones en el grande ejemplo;
 La virtud recordándolas se eleva;
 Gloria es su nombre, su memoria un templo.

Así vivirás tú; cuando trocada
 La suerte de los pueblos, que ahora deben
 Á tu amoroso esmero su ventura,
 Sientan soberbia á la opresion su azote
 Sobre ellos extender, ¡oh cuántas veces
 De ti se acordarán! ¡Cuántas, postrados
 Ante este grupo, adorarán tu imágen,
 Y dirán: « ¿Dónde estás? ¿Cuál fué la mano
 Que de tu amparo nos privó? » Y gimiendo,
 Y en llanto triste el pedestal regando,
 Exclamarán: « ¡Oh Dios! si ella viviera,
 Cesara nuestra mísera amargura;
 Lloráramos tal vez, y el llanto fuera
 De dulce gratitud y de ternura. »

Á DON NICASIO CIENFUEGOS,

CONVIDÁNDOLE Á GOZAR DEL CAMPO.

Tú, á quien el cielo con benignos ojos
 Miró desde el nacer; tú, en cuyo pecho
 Imprimió la virtud, y en larga mano
 El don divino de pintarla diera,
 Nicasio respetable, ¿por qué tardas,
 Y á la amistad que ansiosa te desea
 No te abandonas? De enlazados ramos

Espacioso dosel ora me ampara
 Del crudo ardor del polvoroso estío,
 Y los inquietos céfiros, vagando
 En dulce fresco, en movimiento y vida,
 Los senos bañan del jardín. Mi mente
 Desolada entre tanto hácia ti vuela;
 Vuela hácia ti, que á tu pesar sumido
 En ese abismo pestilente y ciego,
 Los campos y las selvas solitarias
 Buscas, y aun dudas, y á gozar te niegas
 Placer tan puro y celestial conmigo.

¡Oh! No tardes, no tardes: bien tus pasos
 Llevas al bosque oculto, bien la vista
 Tiendas alegre en la abundosa vega,
 Ó la dulce corriente te embelese
 Del río encantador; todo te llama
 Con delicioso afán, todo convida.
 Tu enérgico pincel. No aquí ambiciosa
 Natura ansiara desplegar su inmenso
 Poder, y ornada en majestad sublime,
 Nuestra vista asombrar: guardó el espanto,
 Guardó el terrible horror allá do esconde
 Su frente el Apenino entre las nubes.
 Cúbrenle en torno las eternas nieves
 Que en vano bate el sol: si el viento suena,
 Es proceloso el austro, en cuyas alas
 Retumba el trueno; entonces los torrentes
 Bajan furiosos á asolar los valles.
 ¿Qué es allí el hombre? Estremecido y solo
 Atónito se para, y no cabiendo
 Impresion tan soberbia en sus sentidos,
 Al mudo pasmo y confusion se entrega.

Graciosa, empero, aquí, dulce, apacible,
 Sus dones todos liberal reparte
 Naturaleza, y con placer se rie.
 Tal la beldad en su primer oriente,
 De gracias solo y suavidad bañada,

Suele mas tierna embelesar los ojos,
 Y el corazon herir. Nicasio, el mio
 Mas amó siempre que admiró. Do quiera
 Ternura aquí y amor. ¡ Oh cuántas veces,
 Cuántas, mirando las sociales vides
 Enlazarse á los olmos, y lozanas
 Entre los ramos de su verde apoyo
 Sus hojas ostentar y alegre fruto,
 En dulce llanto se bañó mi pecho!
 ¡ Cuántas pavesas del incendio antiguo
 Plácidas se avivaron! Los suspiros,
 Las ansias tiernas, la inquietud dichosa,
 Las delicias inmensas que algun dia
 Me inundaron, ¡ ay Dios! y acaso huyeron
 Para nunca volver; todas volaron,
 Todas á un tiempo con igual ternura
 Me asaltaron allí: si desaparece
 Y huye el amor, á la memoria acuden
 Padre, hermanos y amigos, y en un punto
 Afectos mil que á penetrar mi seno
 Aquel bosqueje solitario inspira,
 Y absorto y melancólico me llevan.

Lejos allá su placentero ruido
 La brillante cascada precipita
 Por el senoso peñascal, adonde
 Su curso rompe murmurando el rio.
 Corro y le miro ¡ oh qué placer! furioso
 Del dique opuesto á su violencia en vano
 Clamoroso agitarse, alzar la espalda,
 Luchar, vencer, hervir, y en alba espuma
 Deshecho y raudo arrebatarse al llano.
 Vaga la vista entre los dulces juegos
 Que mil y mil con variedad graciosa
 Mágica el agua á su mirar presenta.
 Bañan en ella sus sedientas alas
 Los apacibles céfiros, y llenos
 De su grato frescor, en vuelo alegre
 Van á esparcirla á la tendida vega;

Mientras en dulce gratitud riendo,
 La dócil caña el intratable espino
 Y el álamo gentil en la ribera
 Sus ramos tienden á besar las ondas:

Ondas preciosas que el colono activo
 Supo en raudales dividir, y en ellos
 Llevar la vida y la abundancia al campo.
 Siquiera el cielo en su rigor se obstine
 En negar el vivífico rocío,
 Don de las nubes, los endeble diques
 Rompe seguro el rústico, y al punto
 Vieras la tierra que inundada embebe
 El cristalino humor; y fuerzas nuevas
 Con él cobrando, engalanar su frente
 Un fruto y otro fruto, y cien tras ellos.

Así la vista por do quier se baña
 En verdura eternal; así Pomona
 Tiende su manto, y pródiga derrama
 Del almo cuerno el celestial tesoro.
 ¿Qué mucho si su templo delicioso
 Le plugo aquí sentar, y aquí adorada
 Del hombre ser? Todo la acata. El rio,
 En dos partido, con ardor la ciñe,
 Y ella en sus brazos y en su amor se goza.
 Yo allí, mientras los árboles se mecen
 Al son del viento, en tanto que á sus hombros
 Sube contento las opimas cargas
 El hortelano, y las zagalas rien
 En trisca alegre y bullicioso juego,
 Llego al altar de la deidad que en medio
 Reina ostentando su silvestre pompa,
 Y á reverencia y religion me inclina.
 ¡ Árboles prodigiosos! ¿Cuál la mente
 Que así os quiso agrupar? ¿Cuál fué la mano
 Que así os plantó? De majestad vestido
 El añoso nogal, su cima alzando,
 Hasta la cumbre del Olimpo alcanza;

Sube, y en su ambicion tiende los brazos
 Lejos de sí, cual si ocupar con ellos
 De la esfera los ámbitos quisiera;
 Y eternos á par de él, y á par sublimes,
 Seis lúgubres cipreses los lujosos
 Ramos le cercan, y en su faz sombría
 La luz quebrantan del ardor febeo.

¡Oh delicias! ¡Oh magia! ¡Oh cómo hundida
 Bajo esta hermosa bóveda se lleva
 La mente á meditar! ¡Cuál se engrandecen
 Sus pensamientos! Y á la par mirados,
 ¡Cuán breve el hombre, y su poder, su gloria,
 Toda su pompa! ¡Oh qué de veces vieron
 De su opulento dueño aquestos troncos
 La afanosa inquietud! ¡Cuántas en vano
 Con su grato silencio le brindaban
 Al reposo, á la paz; y él orgulloso
 En pos del mando y la ambicion corria!
 ¡Qué de delitos no abortó el insano
 Para saciar su ardor! Bañóse en sangre,
 Domó la tierra, y ¿qué logró? Estas plantas
 Le vieron perecer, y ellas quedaron:
 Quedaron á esparcir sus ramos bellos
 Sobre mí, que inclinado y reverente
 Canto su gloria; y vivirán: testigos
 Serán ¡ay! de mi fin cuando á su ocaso
 Llegue el aliento de mi endeble vida.
 Todo al tiempo sucumbe: ellas un día,
 Ellas tambien... ¡Ah bárbaro! repara
 La inclemente segur; muévante al menos
 Su sacro horror, su venerable sombra,
 Su angusta ancianidad. Pudo hasta entonces
 Respetarlas el tiempo, ¿y tú atrevido
 Su hojosa copa abatirás? Detente,
 Detente, y no en un punto así destruyas
 La gloria del verjel. Nogal frondoso,
 Altos y melancólicos cipreses,
 Para siempre vivid, y que el ingrato

Cuya mano sacrilega se atreva
 Vuestros troncos á herir, jamás encuentre
 Sombra refrigerante en el estío
 Cuando le hostigue el sol; nunca reposo,
 Nunca halle paz, y de su injusto pecho
 Huya por siempre la inocencia amable
 Que en el campo y los árboles se abriga.

Lejos, empero, de la frente mia
 Tan lúgubre pensar. Adios, cipreses,
 Pomona, adios: los álamos del bosque
 Ya con su dulce amenidad me llaman.
 Salve, repuesto valle; el sol ardiente
 Me hirió al venir, y fatigado el pecho
 Late anhelante, y con dolor respira.
 Acógeme en tu seno; que tu yerba
 Verde, abundosa, á mis cansados miembros
 Sirva de alfombra; que el murmullo blando
 Del grato arroyo en agradable sueño
 Me envuelva y me regale, y que sacuda
 Favonio en tanto el delicioso néctar
 De su frescura, y mi sudor enjague.
 ¡Ah! que ni aquí del velador cuidado
 El tósigo alcanzó, ni las espigas
 Del miedo agitador su punta emplean.
 Todo es sosiego: al despertar, las aves
 Con su armónico acento en mis oídos
 Los ecos llevan del placer; las auras,
 Árboles, cielo y arroyuelo y prado,
 Todo me halaga y á mi vista ríe,
 Mientras la fuente retirada y pura
 Me ofrece el cáliz de sus ondas frías
 Á mitigar mi sed; y yo, embebido
 Con himnos mil, en mi delirio ciego
 Á sus graciosas náyades imploro.

¡Oh Gesner! ¿dónde estás? Tú, á quien desmó
 Llena de gracia y de inmortal belleza

Natura se mostró ; tú, que inspirado
 Fuiste de la virtud ; tú, que en las selvas
 La paz y la inocencia y los amores
 Tan dulcemente resonar hacías,
 ¡ Divino Gesner! ven ; lleva mis pasos
 Y enséñame á gozar. Contempla el suelo
 Cuál nuestra planta engaña, y cuán hermoso
 Se hunde aquí, se alza allá, forma ora un llano,
 Después un seno ; á la alameda vuelve
 La vista embelesada, y mira en ella
 Las gracias revolver ; ve la ternura
 Con que al abrigo del robusto padre
 Del recio invierno y riguroso estío
 Los pequeñuelos árboles se amparan.
 Pregunta al blando céfiro, que vuela
 En sus copas dulcísimas moyiendo
 Los sones del amor, cuántas zagalas
 Asaltó aquí festivo, y cuántas veces,
 De su recato virginal burlando,
 Besó su frente y se empapó en su seno.
 Pídele los tiernísimos suspiros
 Que, llevados en él, por esta selva
 Andan vagando, y las querellas tristes
 Que el eco sordamente repetía.

Dimelo, ¡ oh dulce fuente! Así tu curso
 Siempre abundante y puro, coronado
 Eternamente de verdor se vea,
 Las veces dí que el amador inquieto
 Sus ansias vino á consultar contigo.
 Aquí, en tus verdes márgenes sentado,
 Tal vez se vió de la beldad que ansiaba
 Gratamente acogido, y tal vez ella,
 Timida, tierna, de rubor tenida,
 Le declaró su amor, y de sus ojos
 Se escapó alguna lágrima que en vano
 Luchó por contener ; allá mas lejos,
 Dentro de aquella gruta solitaria
 Que guarda el olmo en cavidad sombría,

¡ Quién sabe si el placer!... ¡ Oh ameno valle!
 No temas, no, que á revelar se atreva
 Mi lengua tus misterios silenciosos ;
 Basta la envidia en que encender me siento,
 Basta el encanto en que tu amor me inunda.

¿ Y tú tardas, Nicasio? ¿ Y con tan puros,
 Tan mágicos placeres te convida
 El campo, y tú le esquivas? Corre, vuela
 Antes que el año en su incansable curso
 Lleve al verano y al verdor consigo.
 Cuidadoso el jardín te guarda flores ;
 Ven á gozarlas : si se agosta alguna,
 Yo con los ojos del dolor la sigo,
 Y pienso en tí, que su esperanza engañas.
 Huye con pié veloz esos lugares,
 Digna morada de los tigres fieros
 Que los habitan, do respiran solo
 El negro horror que en sus entrañas ceban :
 De donde huyó el sosiego, huyó por siempre
 La dulce confianza ; el pensamiento,
 De la opresion sacrilega amagado,
 No se atreve á romper el claustro oscuro
 En que le hundió el temor ; y las palabras
 Cuando son de virtud, sordas, temblando,
 Do quier hallar con la maldad recelan.

¡ Oh pechos sin virtud! Jamás preciaron
 Los campos y las selvas que enmudecen
 Cuando sus plantas con desden las huellan.
 Si, que el sublime y celestial lenguaje
 De natura entender solo fué dado
 Á la inocente sencillez, y en ellos
 Los vicios viles y execrables moran
 De esclavos ó tiranos. Dulce amigo,
 Húyelos, y rendido á mis plegarias
 Ven á acogerte á mi apacible asilo
 Los árboles no venden, los arroyos
 No aprenden á mentir ; sereno el aire,

Sereno el cielo, á respirar te brindan
 En grata libertad : aquí segura
 Podrá tu mente en sus grandiosas alas
 El vuelo descoger; ora en los valles
 Perderáste embebido, ora sonando
 Tu lira de oro, invocarás las musas,
 Y las musas vendrán; ellas amigas
 Del campo siempre y soledad han sido.
 Y en tanto que suspensa, embelesada,
 La esfera atiende á tu sublime canto,
 Yo, templando la cítara á tu ejemplo,
 Mi humilde acento ensayaré contigo.

(1797.)

Á DON GASPAR DE JOVELLANOS,

CUANDO SE LE ENCARGÓ EL MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

¿ Pudo lucir el suspirado día
 Que con sus votos la virtud llamaba,
 Y la esperanza florecer que apenas
 El sueño en sus halagos le pintaba?
 Pudo : á este tiempo en repetido aplauso
 Miro el viento batir, en dulces himnos
 Los ecos resonar, y por do quiera,
 De labio en labio sin cesar llevado,
 El nombre de Jovino henchir la esfera.

¡ Bien haya veces mil aquel momento
 En que á las manos del saber se entregan
 Las riendas del poder! En él cifrada
 Su ventura ve el orbe; en tí, Jovino,
 La suya ve tu patria. Ella anhelante,
 Ya en el horror del precipicio puesta,
 Auxilio implora y tu robusta mano;
 Que solo tú de sus profundos males
 El abismo sondar, dar á sus llagas
 El poderoso bálsamo, y en rayos

De luz clara y vivífica pudieras
 Inundarla por fin. ¡ Oh! presto sea,
 Presto se cumpla la esperanza mía;
 La nube ahuyenta del error, con ella
 Huirán al punto las funestas plagas
 Que nuestra dicha en su insolencia ahogaron :
 Y á tí solo debida esta victoria,
 Mi vista, ansiosa de tu honor, te vea
 Brillar al fin con tan inmensa gloria.

Victoria mas espléndida y mas pura
 Que las que en campos de pavor cubiertos
 Consagra á Marte la fiereza humana;
 No, empero, menos árdua : revestida
 De mil formas y mil tiende su vuelo
 Rastrera la ignorancia, y con sus alas
 Cuanto toca consume; así en los campos
 Que baña con sus ondas Guadiana
 Crece el insecto volador, y muerta
 Lamenta Ceres su verdura ufana.
 Ora insulta y desprecia : en su habla loca
 Es ocioso el saber, frívolos sueños
 Las obras del ingenio, al polvo iguales
 Los altos pechos que Minerva inspira.
 ¡ Bárbara presuncion! Allá en el Nilo
 Suele el tostado habitador dar voces,
 Y al astro hermoso en que se inflama el día
 Frenético insultar : la injuria vana
 Huye á perderse en la anchurosa esfera,
 Y Febo en tanto derramando lumbre
 Sigue en silencio su inmortal carrera.
 Ora feroz á la indolencia usada
 Se niega, y de murallas espantosas
 Cerca y ataja los senderos todos
 Por do á la humana perfeccion se arriba.
 De allí, alzando el cuchillo, armada en muerte,
 Cuantos su imperio detestable esquivan,
 Tantos amaga. ¡ Ay del cuitado que osa,
 De generoso ardor el pecho henchido,

Sus nieblas disipar, buscar la lumbre,
 Y á la cumbre trepar! Víctima entonces
 De su ciego furor... Pero primero
 Del cielo y de la tierra se vería
 Suspenso el curso, y de las cosas todas
 El lazo universal roto y deshecho,
 Que la insolente estupidez su triunfo
 Logre completo, y que sus impías manos
 La sacra antorcha á la razón extingan.
 ¿Quién dió á la tempestad el loco orgullo
 De sobrar á la luz? Tú, gran Jovino,
 Insta, combate, vence : el monstruo horrible
 Bramando espire ; que reinar se vean
 Benéficas las letras ; que amparadas
 De su inviolable independencia sean.

Ellas fueron tu amor, ellas tu encanto
 Siempre serán. ¡ Oh bienhadado y digno
 De envidia el que en su albergue solitario
 Las fuentes del saber tranquilo apura !
 Felices en su afán vuelan las horas :
 Ya la lectura le embelesa, y lleno
 De admiración, los altos monumentos
 De la estudiosa antigüedad medita,
 Y á sus genios se hermana, ecos grandiosos
 Por do la serie de la ciencia humana
 Se dilata á los siglos. Ya llevando
 Al hermoso espectáculo que ostenta
 Natura, su atención, busca sus leyes,
 Sus misterios indaga, en su belleza
 Atónito se arroba, y desde un punto
 Se hace inmenso como ella. Ora á los hombres
 La vista paternal vuelve, y llorando,
 Exento del error, ve sus errores,
 Y los señala y los combate, y libre
 Muestra la senda en que á placer se lleven
 De la mundana actividad las ruedas :
 Tal vez sueña, y soñando en su delirio,
 Nuevos mundos se finge, y de virtudes

Y de ventura celestial los llena.
 ¿Quién no envidia su error? Lloro y suspira
 En la dulce ilusión que le enajena,
 Y del orbe en el bien el suyo mira.

Siquiera allí de la servil codicia,
 De la ambición frenética no tiembla
 La eterna agitación : á fuer de vientos
 Que en partes mil el horizonte rompen,
 Y furiosos batiéndose, á su impulso
 La fiel serenidad huye turbada ;
 Tal en el centro del poder se acosan
 La doblez, la maldad, los vicios viles,
 Que en mentido disfraz vagan tras ellas,
 Y en su mísero vértigo sepultan
 De la virtud las esperanzas bellas.
 ¡ Ay ! que tal vez al formidable peso
 Rebelde el hombro, y de luchar cansado
 Con la depravación, los tristes ojos,
 Jovino, volverás á aquellos días
 De tu apacible soledad testigos ;
 Los volverás llorando ; el desaliento
 Su amarga hiel derramará en tus venas,
 Maldiciendo afligido aquel momento
 Que te arrancó á tu albergue, do tranquilo
 La virtud, la verdad fueron tu asilo.

¿ Y el ejemplo del bien que debe al mundo
 Todo gran corazón? ¿ Y la alta gloria
 De aterrar la maldad? ¿ Y los consuelos
 De la opresa virtud? — Cuando lejana,
 De hierro el cetro iniquidad violenta
 Tienda á las veces, y afligido lloro
 El inocente en su opresión, tú entonces,
 Tú serás su deidad. Antes venía,
 Y con trémulo pié la aula pisaba,
 La altiva majestad le confundía ;
 Demandaba justicia, y su semblante,
 De incertidumbre tímida vestido,

Suspiraba un favor. Jovino ahora,
 Jovino es quien atiende á sus querellas,
 Quien enjuga sus lágrimas, quien tierno
 Tambien acaso le acompaña en ellas.
 Lágrimas puras que, en placer bañada,
 Derrama la virtud, ¡qué de consuelos
 No dais al corazon! — ¿Y el inmortal testigo,
 El premio hermoso de los grandes nombres?
 ¡Alta posteridad, que ya te mira
 Y tu nombre señala entre los hombres!

¡ Oh porvenir! ¡ Oh juez incorruptible
 Del hombre que vivió! ¡ Cuál se amedrenta
 De tí el profano pecho que ya un dia
 El bien miró, de indiferencia lleno,
 Ni osó el cerco salvar que le ceñía!
 Cuando la noche del sepulcro ostente
 La nada ante sus piés, cuando ya el sueño
 De su vida falaz se torne en humo,
 ¿Qué verá tras de sí? Misero olvido
 Ó execracion eterna que á los tiempos
 La memoria en su voz vuelve contino.
 Aquel, empero, que de ardor divino
 Tocado fué, que en incesante anhelo
 Siempre ansió por el bien, y que en su mente,
 Á cuanto obró y pensó la faz terrible
 Del tiempo que vendrá tuvo presente,
 Ese vive inmortal; su excelso nombre
 Colma el abismo de la tumba, y viva
 Su gloria colosal queda en sus hechos;
 Hechos que en ecos de alabanza suenan,
 Que el campo inmenso del espacio ocupan,
 Y el raudo giro de los siglos llenan.

Tiempo vendrá que en la dichosa Hesperia
 Espaciando la vista alborozada,
 Grite la admiracion: « ¿No es este el suelo
 Que en otro tiempo á compasion movia?

Veinte siglos de error en él fundaron
 El imperio del mal: en vano habia
 Pródigo el cielo de favor cubierto
 Su seno en bienes mil, y codiciosa
 La tierra por brotar, inagotables
 Sus opimos tesoros ostentaba.
 Su sed en vano innumerables rios
 Mitigaban regándola, y en vano
 Bañara el mar su costa al occidente,
 Al oriente y al sur. ¿Qué la servia
 Un clima placidísimo y sereno
 Que en vida, en fuerza y en placer la henchia?
 Todo fué por demás: su manto triste
 Tendió la asolacion: yermos los campos,
 Mustios los pueblos, indolente el hombre,
 Sin conocer su estrago, sin aliento
 Para salvarse de él, ruina y silencio
 Cual de peste mortifera abrigaban.

¿Quién fué el Dios que bastó de tantos males
 El torrente á atajar? ¿Quién la carrera
 Mudó á estas aguas, allanó los montes,
 Los pantanos cegó? Cubren de Céres
 Y de Pomona los celestes dones
 El suelo antes erial, que abrojos solos
 Y zarzales inútiles llevaba.
 Trocóse todo: por do quier la mano
 Del hombre señalada, y por do quiera
 Su vivifica accion en movimiento
 Despierta mi atencion. ¿Dó las cadenas
 Están de la verdad? ¡Cuál se ha extendido,
 En alas del espíritu llevada,
 De mar á mar y de Pirene á Gádes!
 ¿Quién volvió á sancionar la ley de vida
 Que en su pródigo amor naturaleza
 Por la voz del deleite diera al mundo?
 ¿Qué númen creador pudo en un dia
 Verter aquí la plenitud y holganza,
 Imprimir su vigor y su energia? »

¡Ah! que entonces el nombre de Jovino
 Grande á la gloria y al aplauso viva,
 Y aquel augusto galardón reciba
 Digno de su virtud y alto destino.
 ¡Oh hermosa emulación! Ventrán las artes
 Hijas del genio imitador, y solas
 Adornar ansiarán el bello triunfo
 De su alumno y su dios : suyo las ciencias
 Le aclamarán, con su divina mano
 Allá en la playa astur mostrando alegres
 La mansion que él les diera, altar primero
 Que alzó á Minerva la razón hispana.
 En medio el labrador, no como un día
 Angustiado, infeliz, pobre y desnudo,
 Sino contento y vigoroso, alzando
 La agradecida voz, dirá : « Fué mio,
 Y su alabanza es mía ; si de flores
 Primero se adornó su mente hermosa,
 Para mi maduró, y en fruto opimo
 Gocé yo al fin de su favor los dones.
 Si de su voz la persuasión salía
 Como raudal de miel, ella á mis llagas
 Dulce bálsamo fué. ¿No ahogó su mano
 Una en pos de otra las odiosas sierpes
 Que infestaban mi ser? Ved mi abundancia,
 Ved mi contento, el delicioso halago
 Con que de hijuelos el enjambre hermoso
 Me alivia y me corona. ¡Ay! hubo un tiempo
 Que el ser padre era un mal : ¿quién sin zozobra
 Á la indigencia, al desaliento, diera
 Nuevos esclavos? Pero huyó; al olvido
 Lanzó Jovino tan amargos días :
 Mi esperanza, mi paz, las glorias mías
 Obras son de su amor, son de su anhelo ;
 Dadme pues solo el bendecir su nombre,
 Y en dulces himnos levantarle al cielo. »

Á CÉLIDA.

Hoy fué, ¡miser! hoy fué cuando, irritado
 Amor del ocio en que yacer me vía,
 Tornó á embestir mi corazón cuitado.
 Era de mayo el más hermoso día,
 Cuando naturaleza ostenta ufana
 Toda su gentileza y bizarria,
 Cuando más vivo el sol reina en la esfera,
 Cuando en ramos la selva, el campo en flores,
 En perfumes el aire, donde quiera
 Todo respira amor y manda amores.
 Entonces fué cuando á los ojos míos
 Se presentó mi dulce vencedora :
 ¡Oh cuán hermosa! el mundo parecía
 Que, cuidadoso de aumentar su gloria,
 De toda aquella pompa se vestía
 Por festejar su triunfo y su victoria.
 La ví, templé, me estremecí : vencido
 Ví ya que iba á quedar de tanto halago ;
 Pero no pude huir : su blando acento
 Hasta el seno más hondo y escondido
 Llegó del pecho, y completó el estrago.
 Sacude al punto amor la abrasadora
 Antorcha que arma su terrible mano :
 « Arde », me dijo; y la escondió encendida
 Toda en mi corazón : « arde, esta llama
 Que ora en tí prende, irresistible, inmensa,
 Sea de hoy más el tormento de tu vida,
 Y también tu delicia y recompensa. »

Ya un giro ha dado con su carro de oro
 Desde entonces el sol al alto cielo,
 Y no cesa un momento el vivo anhelo
 Que me arrebató tras la luz que adoro.
 Crecen corriendo hácia la mar los ríos,
 Crece amando mi amor. Célida hermosa,

¿Cómo es posible que inmortal no sea
 Este puro, este noble sentimiento
 Que todas mis potencias señorea
 Y es de mi ser el único alimento?
 Tú le inspiraste, si: mi alma abatida,
 Cubierta de aflicción, sintió volverse
 Por ti del bien á la ilusión perdida;
 Tú le inspiraste. ¡Oh Dios! ¿Qué no alcanzaba
 En mi agitado pecho y mis sentidos
 Tu poder celestial? Cuando halagüena
 Tus miradas tal vez á mí volvias,
 Iris eras de paz que desbacias
 El tormentoso horror de mis dolores,
 Y yo sin defenderme, cada día
 Iba en tus ojos á beber amores,
 Y en tu risa y tu hablar me embebecia.

Encantos ¡ay! por siempre vencedores,
 ¿Qué importa que el destino á mis sentidos
 Inhumano os esconda, si presentes
 Siempre estáis á mi ardiente fantasía?
 Aquí os tengo, aquí os miro, aquí os adoro;
 Aun me embelesa el sin igual decoro
 Que siempre reina en la nevada frente;
 Aun contemplo la púrpura del alba
 Vertida en su mejilla trasparente;
 Y respirando sin cesar, me creo
 Aquella pura y encendida rosa,
 Aquel precioso aroma de las flores
 En la boca gentil, nido de amores,
 Donde la amable discreción reposa.
 Solo ya un Dios la centellante lumbre
 Del sol desprender pudo, y en despojos
 Darla por siempre á los celestes ojos,
 Ojos que cuanto ven ceniza harían
 Sin su inefable y grata mansedumbre.
 ¡Dichoso aquel que sin cesar los vea!
 ¡Y mas feliz quien de sus dulces rayos
 Buscado, ansiado y regalado sea!

¿Dónde está, dilo, amor, el que presume
 Gloria tan alta? ¡Ah Célida! Quien sepa
 En esa faz tan nitida y tan bella
 Buscar, hallar la imperceptible huella
 Del triste afán que dentro te consume;
 El que presente te respete, y llore
 Por volver á tus piés cuando esté ausente,
 Si siente al fin como mi pecho siente,
 Ese te ame feliz, ese te adore.

Vientos, en vuestras alas vagorosas
 Llevadle ardiendo los suspiros míos:
 Id, veloces venid, y en cambio al menos
 Un recuerdo traed. Si ella me oyera
 Pidiéndola á los campos, á las selvas,
 Y á los mares también; dando á los aires
 Su dulce nombre, que repite el eco
 Con el acento triste y lamentable
 Con que le oye de mí; si ella me viera,
 Fijos los piés en la sonante playa,
 Tender la vista á descubrir de lejos
 De sus divinas luces los reflejos,
 Yo sé que, á tierna compasión movida,
 Venir dejara hácia su triste amante
 Un rayo al menos de esperanza y vida.

Paréceme á las veces que, sensible,
 Compasiva á mi afán, este retiro
 Viene á honrar con su vista, á hollar el prado,
 Á respirar el aire que respiro.
 ¡Dichoso entonces yo! Voy á su lado
 Al bosque, al campo, á la apacible orilla
 Del amansado mar; y si descansa,
 También con ella á descansar me siento.
 Del sol un árbol mismo nos defiende
 Con su umbroso dosel, y de su acento
 El sabroso raudal mi alma suspende.
 No la hablo yo de amor, que amor la ofende;
 Pero á par de ella estoy, y absorto y mudo

Contemplo á mi placer de su hermosura
 La delicada flor; flor que no pudo
 Ni aun ajar del dolor la mano dura;
 Y enternecido, « ¡ Ah Célida ! prorumpo,
 Tú sufres : un destino inexorable
 El bien que indignamente á otros prodiga
 Á ti te niega, y lleno de amargura,
 El cáliz del dolor tu labio apura.
 Yo así le apuro, idolatrada amiga,
 Yo así le apuro : la inclemente mano
 Del destino tambien á mí me oprime,
 Y de un pesar recóndito y tirano
 Tambien mi pecho destrozado gime.
 ¿ Temes acaso? ¿ Por ventura ignoras
 Que el cielo dió por bálsamo á las penas
 Contarlas y llorar?... Célida hermosa,
 No es mas puro el albor de la mañana
 Que lo es mi ardor, ni amó con mas ternura
 El duce hermano á su querida hermana,
 El nuevo esposo á su inocente esposa. »
 Digo así, y entre tanto á la frondosa
 Selva baja la noche, el sol apaga
 Sus rayos en el mar, tú te levantas,
 Y tierna y melancólica á andar vuelves;
 Yo tierno y melancólico te sigo,
 Embedido, extasiado en la ventura
 De andar, de hablar, de respirar contigo.
 Los céfiros entonces nos halagan
 Con su grato frescor, y de las ondas
 Sacan la frente las neréidas bellas,
 Y nos saludan... ¡ Ay ! así otras veces
 Nos vieron juntos ir, nos saludaban
 Así las ninfas del undoso rio
 En cuya alegre y plácida ribera
 Vi tu belleza por la vez primera
 Y rendí á tus encantos mi albedrío.

Hierve en tanto á mi vista el mar, y el viento
 Su seno agita y amenaza airado;

Hierve tambien con él mi pensamiento,
 Y en rauda torbellino arrebatado,
 Vuelvo á ser de mis bárbaros pesares
 Á la antigua tormenta sacudido.
 Ángel consolador, ¿ dónde te has ido ?
 ¿ Qué has hecho de aquel bálsamo suave
 Que, sobre el triste corazon vertido,
 Su acerba llaga mitigar solia ?
 Contrario el cielo á la ventura mia,
 Me le robó, dejándome inclemente,
 Con esta amarga soledad presente,
 Recuerdos tristes de mi bien perdido.
 Ángel consolador, ¿ dónde te has ido ?

Á FILENO,

CONSOLÁNDOLE EN UNA AUSENCIA.

Á par con mi amistad id, versos míos,
 Id á Fileno, en cuyo pecho ahora
 La hiel ingrata del dolor se ceba.
 El al fijar en vos sus tristes ojos
 Exclamará tal vez : « Viva en mi amigo
 Mi memoria es aun, viva en su seno
 Late la compasion. Sierras fragosas,
 Llanos inmensos, presurosos ríos
 Le separan de mí, y enternecida,
 De allá tan lejos su officiosa mano
 Á embalsamar mis lágrimas se tiende. »

Llora, Fileno, llora : este consuelo
 Señaló ya el destino á la amargura
 Cuando en un tierno corazon se anida.
 Yo lloraré contigo; aun en mi oído
 Suenan los tristes dolorosos ayes
 Que al partirse tu bien al viento dabas;
 Te miro aun que, palpitante, opreso
 Del congojoso afan, vuelves los ojos